

SANCHO PANZA.

ALBUM RELIGIOSO.

JUEVES SANTO DE 1864.



Consagramos nuestro número de hoy á la solemnidad de la Semana Santa, homenaje debido á la religiosidad de estos días, en los que, una piadosa costumbre de todo buen católico, y los principios religiosos que nos honramos en profesar nos impulsan á abrir este paréntesis, en nuestras tareas literarias.

Con este motivo, ofrecemos á nuestros abonados, un pequeño album religioso, que contenga célebres composiciones de los mas renombrados autores antiguos, al lado de algunas distinguidas firmas contemporáneas.

CRISTO.

I.

Mirad como corre el pueblo de Jerusalem, mostrando en su semblante la alegría y ensordeciendo el espacio con entusiastas aclamaciones. Mirad como agita en sus manos verdes ramas de olivo y triunfadoras palmas y entona cánticos de victoria.

Su rey se acerca; el rey que anunciaba la voz de los profetas, el que ha de librar al pueblo de Judá del ignominioso yugo extranjero, y ha de quebrantar las cadenas del pecado que aprisionan á la humanidad.

No mas profanará la planta del extranjero los muros de Jerusalem, no mas el fruto del trabajo del infeliz hebreo servirá para pagar los placeres del César, ni las mugeres de Judá darán á luz miserables esclavos. Ya parece en el rosado oriente la aurora de libertad, y ya tiemblan los viles opresores del pueblo escogido al escuchar sus alegres gritos.

Su rey se acerca: corred á recibirle; que escuche las aclamaciones de su pueblo, que olorosas flores sirvan de alfombra á sus plantas y las palmas den sombra á su régia frente.

Vendrá oprimiendo la espalda del vigoroso alazan, que hará temblar la tierra al rudo choque de sus ferrados cascos, y seguido de numeroso ejército de guerreros decididos y acostumbrados al combate y á la victoria. Brillarán en sus vestidos las ricas telas, la púrpura de Tiro, tres veces teñida y el oro del Ofir; á su siniestra pendrá la vencedora espada, tinta en sangre enemiga y en

su reluciente casco brillará régia corona de piedras preciosas.

La imaginacion oriental del pueblo adorna con vivos colores la llegada de su rey y ya cree ver huir á sus opresores derrotados y perseguidos por las huestes del monarca libertador. Pero en vano tienden sus ávidos ojos por la llanura para descubrir en el horizonte el brillo de las armas y el polvo que levantan los caballos. Solo distingue un hombre cabalgando en un jumento y seguido de otros hombres á pié. Será ese el rey tan esperado? Será ese el que viene en nombre de Jehová?

El es; el hijo de Dios, el Mesías prometido, el libertador de la Judea, el redentor del mundo. No veis el sello de la divinidad en su semblante? No viene seguido de numeroso ejército de guerreros, ni en un carro triunfal arrastrado por inmensa turba de esclavos, porque sus armas son la palabra y la conviccion y su religion de paz y amor; no ostenta ricas telas ni piedras preciosas en sus vestidos porque viene á predicar la humildad y la mansedumbre.

Y el pueblo le reconoce: vé el sello divino en su frente, en la dulzura y la paz de su semblante; le reconoce y esclama: «Hossanna! bendito el que viene en nombre del Señor!» Los hombres arrojan sus capas para que le sirvan de alfombra, y los niños y las mugeres agitan las palmas y las ramas de olivo. El sol ilumina desde un firmamento sin nubes la alegría del pueblo, un viento tibio y perfumado lleva en sus ligeras alas sus festivas aclamaciones, y el eco repite dulcemente: «Hossanna! bendito el que viene en nombre del Señor!»

II.

Ved en la cumbre del Gólgota tres hombres enclavados en el afrentoso suplicio de la cruz y luchando con las convulsiones de la agonía. Al pié del monte ruge un pueblo frenético que los insulta con sus gritos y sus carcajadas.

Sobre una de las cruces se lee: JESUS, REY DE LOS JUDEOS.

Es Jesús! el hijo de Dios, el que fué recibido en Jerusalem en medio de la popular alegría y de los cánticos del Hossanna! Allí está, enclavado en afrentoso patíbulo rodeada su cabeza con una corona de espinas y cubierta su frente con el sudor de la agonía. Y allí le insulta el mismo pueblo que antes le aclamaba, y agitaba las palmas y esclamaba: «Hossanna! bendito el que viene en nombre del Señor.»

La naturaleza se conmueve ante el gran espectáculo

de la muerte del Dios-hombre. El sol apaga su luz y densas tinieblas cubren la haz de la tierra; el mar levanta sus hirvientes olas, y mezcla sus rugidos á la voz de la tempestad; cesan el murmullo de las fuentes y los arroyuelos y los cantos de los alegres pajarillos, y cruzan el firmamento agoreras aves, nuncios de destruccion y muerte, lanzando siniestros gritos; rázgase el velo del templo, y las losas de los sepulcros saltan en pedazos, dejando paso á los animados esqueletos de los que fueron y que acuden á contemplar el gran misterio que se efectúa en la cumbre del Gólgota. Una voz misteriosa vaga por el espacio clamando lúgubrementes. «¡Ay de Jerusalem!» y el espanto y la consternacion se apoderan de los hijos de la ciudad maldita.

Sonó en el reloj de los tiempos la hora de la redencion del mundo, y el príncipe del Averno ruge con furor impotente al ver escapársele su presa. Jesús en tanto ruega al Padre por sus asesinos, inclina la cabeza para bendecirlos y esclama: «Consumado es. En tus manos, oh padre encomiendo mi espíritu,» y espira.

Oh Cristo! oh mi Dios! que endurecido corazon no se conmueve al sublime espectáculo de tu muerte? Tú viniste á predicar al mundo la mas pura, la mas santa de las religiones; tus pasos eran señalados con prodigios; diste movimiento al tullido, al ciego vista, vida al muerto; tus palabras eran de paz y de perdon; tu dogma la caridad; en tu semblante resplandecía el sello de la divinidad, y sin embargo, los hombres, por quienes diste tu vida, te ultrajaron y te escarnecieron, en tu sed te dieron á beber vinagre, coronaron tu frente de espinas y traspasaron tu costado con el acero.

A cuán altas y sublimes consideraciones dá lugar este espectáculo! La cruz, padron de infamia, término de la carrera de los criminales, es desde entonces objeto de adoracion. A su sombra encuentran lenitivo los pesares de la humanidad; y el huérfano desvalido, el doliente anciano, la desamparada virgen y la viuda infeliz se abrazan á ella como á la única tabla de salvacion en el naufragio. Ante la cruz ora el niño, sobre las rodillas de su madre, cuando apenas ha abierto sus ojos á la luz del dia, y ella es su consuelo cuando moribundo y agoviado bajo el peso de los años siente sobre su corazon la helada mano de la pálida muerte. La cruz es fuente de dicha, esperanza de gloria, faro que guia á la humanidad en su peregrinacion por la tierra y le muestra el puerto de salvacion! Haz, Dios mio, que siempre nos cobije bajo su sombra el árbol sagrado en el que diste tu vida por la salvacion del mundo!

Aristides Pongilioni.

LA RELIGION CRISTIANA

CONSIDERADA COMO SENTIMIENTO.

La religion cristiana no contenta con aumentar el juego de pasiones en el drama y en la epopeya, es por si misma una especie de pasion que tiene sus transportes, sus ardores, sus suspiros, sus alegrías, sus lágrimas, sus amores del mundo y del desierto. Sabemos que el siglo llama á esto «fanatismo,» á lo que contestaremos con las palabras de Rousseau. «El fanatismo, aunque «sanguinario y cruel,» es sin embargo una gran pasion que eleva el corazon del hombre y le hace despreciar la muerte; que le comunica una energia prodigiosa, la cual dirigida acertadamente enjendra las mas sublimes virtudes, al paso que la «irreligion» y en general el «espíritu razonador y filosófico produce el apego á la vida, afemina, envilece las almas, concentra todas las pasiones en la baja-jeza del interés particular, en la ahyecion del yo huma-

no y mina poco á poco los verdaderos fundamentos de toda sociedad: pues lo que los intereses particulares tienen de comun, es tan poco, que no compensará jamás lo que tienen de opuestos entre sí.

Pero no es esta todavia la cuestion, solo tratamos ahora de los efectos dramáticos. El cristianismo considerado como pasion es un tesoro inagotable para el poeta. Esta pasion religiosa es tanto mas enérgica cuanto que está en contradiccion con las demas y solo puede existir sacrificándolas. Como todos los grandes afectos tiene algo de seriedad y de tristeza; nos arrastra á la sombra de los claustros y á la cima de las montañas. La belleza que el cristianismo adora no es una belleza perecedera: es aquella belleza eternal por la que los discípulos de Platon se apresuraban á abandonar la tierra. No se nuestra á sus amantes sino cubierta con un velo; se envuelve en los pliegues del universo como en un manto; porque si una sola de sus miradas penetrase en el corazon del hombre no podria resistirla y espiraria de delicias.

Para conseguir la posesion de esta belleza suprema, los cristianos toman distinto camino que los filósofos de Atenas; permanecen en este mundo con el objeto de multiplicar los sacrificios y de hacerse mas dignos, por medio de una larga purificacion, del objeto de sus deseos.

Segun la espresion de los Santos Padres, todo el que haya tenido con su cuerpo el menor comercio posible, y baje vírgen al sepulcro, libre de sus temores y dudas, vuela al «lugar de vida» donde contempla durante una eternidad lo que es verdadero, inalterable, y superior á la opinion. ¡Cuántos mártires no ha hecho esta esperanza de poseer á Dios! ¡Qué soledad no ha oido los suspiros de esos rivales que se disputaban el objeto de las adoraciones de los serafines y los ángeles? Aquí vemos á un Antonio que erige un altar en el desierto, y que durante cuarenta años se inmola ignorado de los hombres: allí á un San Gerónimo, que abandona á Roma, atraviesa los mares, y va como Elías, á buscar un retiro en las orillas del Jordan. El infierno que no le deja tranquilo, le presenta la imágen de Roma con todos sus encantos para atormentarle: mas él resiste tan duros asaltos, y combate cuerpo á cuerpo con sus pasiones. Son sus armas las lágrimas, los ayunos, el estudio, la penitencia, y especialmente el amor; precipítase á los pies de la belleza divina, y le suplica acuda en su auxilio. Algunas veces abruma sus hombros con pesadas cargas, para domar su carne rebelde, y apagar en los sudores los culpables deseos que asedian á la criatura.

Masillon esclama al pintar este amor: «Solo el Señor le parece bueno, verdadero, fiel, constante en sus promesas, amable en su indulgencia, magnífico en sus dones, real en su ternura, elemento aun en su cólera: el único bastante grande para llevar toda la inmensidad de nuestros corazones, el único bastante poderoso para satisfacer todos sus deseos; el único bastante generoso para dulcificar todas sus amarguras: el único inmortal, á quien podrá amarse eternamente; por último, el único á quien nos duele haber amado demasiado tarde.»

El autor de la IMITACION DE JESUCRISTO recopiló de San Agustín y de otros Santos Padres, todo lo que en el lenguaje del amor divino puede considerarse como mas místico y fervoroso.

«Ciertamente, el amor es gran cosa: el amor es un bien admirable, pues solo él hace ligero lo que es pesado, y sufre con inalterable tranquilidad los varios accidentes de esta vida; sufre sin pena lo que es penoso, y hace dulce y agradable lo que es amargo.»

El amor de Dios es generoso, impulsa las almas á grandes hechos, y las excita á desear lo mas perfecto.

El amor aspira á la elevacion, y no sufre verse encadenado por cosas mezquinas.

El amor quiere ser libre y ageno á las afecciones ter-

renas, por temor de que su luz interior se extinga ú oscurezca al soplo de los bienes ó los males del mundo.

Nada hay en el Cielo ni en la tierra mas dulce ó mas poderoso, ó mas alto, ó mas extenso, ó mejor que el amor, porque el amor procede de Dios, y elevándose sobre todas las criaturas, no puede descansar sino en Dios.

El que ama está siempre rodeado de alegría: corre, vuela, es libre y nada le detiene; dá todo por todos, y posee todo en todos, porque descansa en ese bien único y supremo que es superior á todo, y del que se derivan y proceden todos los bienes.

No se detiene en los favores que se le hacen, sino que se eleva con todo su corazon hácia el que se los dispensa.

Solo el que ama puede comprender los gritos del amor, y esas palabras de fuego que un alma vivamente llena de Dios, le dirige cuando dice: «Tú eres mi Dios, tú eres mi amor, tú eres todo mio, y yo soy toda tuya.»

Escucha mi corazon, para que te ame mas, y para que conozca por medio de un deleite interior y espiritual cuán dulce es amarte, nadar y perderse, por decirlo así, en el océano de tu amor.

El que ama generosamente, añade el autor de la IMITACION, se mantiene firme en las tentaciones, y no se deja sorprender por las insidiosas persuaciones de su enemigo.

Ese sentimiento cristiano, esa lid eterna entre los amores del Cielo y los de la tierra, han sido pintados por el eminente Corneille, quien menos descontentadizo que los génios del dia, juzga al cristianismo en su elevada esfera.....

El vizconde de Chateaubriand.

DILECTUS MEUS MIHI.

*Yo toda me entregué y di,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mi
Y yo soy para mi Amado.*

Quando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,
Que mi Amado es para mi
Y yo soy para mi Amado.
Tiróme con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues á mi Dios me he entregado,
Y mi amado es para mi
Y yo soy para mi amado.

Sta. Teresa de Jesús.

AMOR Á DIOS.

Dichoso el corazon enamorado
Que en solo Dios ha puesto el pensamiento,
Por El renuncia todo lo criado,
Y en El halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
Por que en su Dios está todo su intento,
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas de este mar tempestuoso.

Sta. Teresa de Jesús.

Á LA VIDA RELIGIOSA.

Mil varios pensamientos
Mi alma en un instante revolvía,
Cercada de tormentos,
De pena y agonía,
Buscando algun descanso y alegría;

Mas como no hallaba
Contento en esta vida, ni reposo,
Desalada buscaba
Con paso presuroso
A su querido amor y dulce esposo.

Y andándole buscando,
Cansada, se sentó junto á una fuente,
Que la iba destilando
Un risco mansamente
Regando el verde prado su corriente.

Las parleruelas aves
Una acordada música hacían
De voces tan suaves,
Que el alma enternecían,
Y en amor de su esposo le encendían;

Y con gentil donaire
Plegando y desplegando sus alillse,
Jugaban por el aire
Las simples avecillas,
Divididas en orden por cuadrillas:

Y en forma de torneo
Las unas con las otras se encontraban,
Con ligero meneo
Despues revoleaban,
Y entre la verde yerba gorjeaban.

Gozando de esta fiesta
Mi alma entre mil flores recostada,
Durmió un poco la siesta,
Y estando descuidada,
Oyó una voz que la dejó admirada.

«No temas, la decía;
Mas oye atentamente lo que digo:
Si buscas alegría
Y estar siempre conmigo,
Huye del mundo y de quien es su amigo.»

«Que si al trabajo huyes,
Y gustas de deleites y consuelo,
Sabe que te destruyes,
Pues trueca por el suelo
La gloria eterna del impíreo cielo.»

«No busques los favores,
Que al ambicioso traen desvelado
En casa de señores;
Mas antes retirado
Goza su suerte y su felice estado.»

«No tiene desconsuelo
Ni puede entristecerle cosa alguna,
Porque es Dios su consuelo,
Ni la baja fortuna
Con su mudable rueda le importuna.

«Su casa y celda estrecha
Alcázar le parece torreado;
La túnica deshecha,
Vestido recamado;
Y el duro suelo, lecho delicado.»

Gustaba en gran manera
De la plática que oía;

Y para ver quien era,
El que aquello decia,
Durmiendo aquí y allí se revolvía.

Mas tocando la mano
El agua cristalina de la fuente,
Salió su intento vano,
Pues luego de repente
La voz se fué y el sueño juntamente.

Fray Luis de Leon.

COPLAS DEL ALMA QUE PENA POR VER A DIOS.

Vivo sin vivir en mí,
Y de tal manera espero
Que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
Y sin Dios, vivir no puedo:
Pues sin EL y sin mí quedo,
Este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
Pues mi misma vida espero,
Muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
Es privacion de vivir;
Y así, es continuo morir
Hasta que viva contigo:
Oye, mi Dios, lo que digo,
Que esta vida no la quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿Que vida puedo tener,
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí;
Pues de suerte perservero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece,
Que la muerte que padece,
Al fin la muerte le vale;
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero,
Pues si mas vivo mas muero?

Cuándo me empiezo á aliviar
De verte en el SACRAMENTO,
Háceme mas sentimiento,
El no te poder gozar:
Todo es para mas penar;
Y mi mal es tan entero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

San Juan de la Cruz.

MARIA AL PIÉ DE LA CRUZ.

Mística rosa, perfumado lirio,
Cándida estrella, refulgente aurora,
Reina del cielo sacrosanta y pura,
Dulce Maria.

Deja que absorba tu grandeza admire,
Deja que tierna con fervor te aclame,
Deja, Señora, que en mi humilde lira
Suene tu nombre.

Dáme que, en alas de mi amor profundo,
Fiel te bendiga sin cesar mi alma,
Férvida alzando de entusiasmo henchida,
Gratos loores.

No te contemplo cuando plugo al cielo
Ver á tus plantas á Luzbel rendido,
Y Eva segunda te admiró la tierra
Pura y sin mancha.

No te contemplo cuando en ígnea nube
Rápido y bello descendió el Arcángel,
Fausto anunciando que tu seno era
Trono del Verbo.

¡Ay! yo te miro cuando el Hijo amado,
Dicha y tesoro de tu tierno pecho,
Víctima Santa, su preciosa vida
Dió por el hombre.

Yo te contemplo cuando amargo duelo
Baña con llanto tu divino rostro,
Y hórridas sombras de letal tristeza
Nublan tu frente.

Yo al pié te miro del fatal madero,
Donde angustiado tu Jesus espira;
Yo te contemplo cuando acerbos penas
Hieren tu alma.

Tú de los hijos de Salem, Señora,
Trémula miras la funesta saña:
Vés cual del Justo, de los justos gloria,
Mófanse impíos.

Grande el acento resonára en vano
De altos profetas en su seno un día;
Ellos del Santo Redentor del mundo
Piden la muerte.

Triste á sus ecos la natura gime,
Chocan las piedras con fragor tremendo,
Pálidas sombras al sepulcro evoca,
Rugen los mares.

Rásgase el velo del sagrado templo,
Niegan los cielos su fulgente lumbre,
Ciego el deicida á su sangriento crimen
Llama justicia.

¡Oh la más pura de las puras reinas!
¡Oh la más tierna de las tiernas madres!
¡Cuánto á la vista del Cordero santo
Sufre tu pecho!

Alzanse inquietos tus amantes ojos,
Mústios los ojos de Jesus buscando,
¡Ah! que ya de ellos la fulgente lumbre
Roba la muerte!

No hay en la tierra, sacrosanta Virgen,
Pena ninguna que á tu pena iguale.
¡Quién dignamente tu dolor cantára,
Mártir gloriosa!

Trémula al verte desolada y triste,
Fúnebre llanto mi megilla inunda,
Y hondos gemidos mi agitado pecho
Lúgubre exhala.

¡Ay! mas en vano con afan profundo
Quiero ensalzarte, misteriosa estrella;
¡Ay! que en mis labios mi insonoro acento
Lánguido espira.

No ya en las alas de mi amor, Señora,
Rudos cantares consagrarte anhele;
Haz que en silencio tu letal angustia
Sienta mi alma.

Callen las cuerdas de mi tosca lira;
Callen, y solo con fervor le ofrezcan
Lágrimas mudas mis ardientes ojos,
Ayes mis labios

Antonia Diaz de Lamarque.

Sevilla:

AL SANTISIMO SACRAMENTO.

SONETO.

¿Qué es esto, dijo el Israelita, viendo
Descender el maná, llover el cielo
Cándidos copos de sabroso hielo,
Los árboles del monte encaneciendo?

¿Qué es esto, dijo, cuando está comiendo
Aquel licor de celestial consuelo,
Sombra de la verdad, de la luz velo,
Que ahora vive en blanca nieve ardiendo?

¿Qué es esto, dijo, viendo como llueve
Sobre las alas del templado viento
Débil manjar envuelto en aura leve?

Y hoy Cristo les responde en Sacramento:
«ESTE ES MI CUERPO;» la respuesta es breve,
Enigma el pan, y el mismo Dios sustento.

Lope de Vega. (Rimas sacras.)

Á LA EUCARISTÍA.

SONETO.

Por más que se levanta el pensamiento
con vuelo desusado y peregrino,
hallar no puede en su ideal camino
otro tan alto y singular portento.

Que baje Dios desde el sublime asiento,
que dé su carne en pan, su sangre en vino,
que habite el cuerpo del mortal mezquino
y se confunda y viva con su aliento.

Misterios son en que se abisma en vano
aun del ángel la clara inteligencia,
cual piedra en la estension del oceano.

Quién investigará la *Eterna Esencia*?
aborto y mudo ante el grandioso arcano,
invoco yo la fé, y ella es mi ciencia.

Narciso Campillo.

EL ÚLTIMO DOLOR.

Era la tarde, y funerario manto
El ancho azul del cielo ennegreció;
Suspende el ave el melodioso canto
Y el viento entre las flores suspiró.

En la elevada cumbre del Calvario
Se ostenta Cristo y espirante está,
La sangre que destila su sudario
Eterna vida á los humanos dá.

Divina sangre de su pecho brota,
Los yertos ojos hácia el cielo alzó;
La muerte llega, su existencia agota
Y exhalando un suspiro falleció.

Una muger de célica hermosura
Abismada en su lánguido pesar,
Fija los ojos en la inmensa altura,
Y lleva sus dolores sin cesar.

Mujer mas bella que la casta rosa
Que en el jardin del cielo floreció;
Dos perlas corren por su faz hermosa
Y al hijo mira que en la cruz murió.

No llores, madre, que el bendito fruto
Que concebiste, y que muerto ves;
Paga á la humanidad alto tributo
Y rey eterno de los orbes, es.

No llores, virgen, no; que ese Dios fuerte
Los mundanos delitos perdonó,
Sellando al mismo tiempo con su muerte
La redencion que al mundo prometió.

Lágrimas vierte en su dolor profundo
La triste madre que lo vió espirar
Y al fallecer el redentor del mundo
Rugió con furia el insondable mar.

Tiembla á la vez el universo entero
Y oculta el sol su esplendorosa luz,
La virgen mira en su dolor postrero,
Al Salvador pendiente de la cruz.

Con terrible furor tembló natura
Y el cielo ardientes rayos vomitó,
Y una voz dijo en la celeste altura,
¡Murió Jesús y el mundo se salvó!

Victor Caballero y Valero.

LA MUERTE DE JESUS.

SONETO.

El claro sol sus rayos escurece
En el templo se rompe el claro velo,
Hiere una piedra en otra con gran duelo,
La tierra con angustia se estremece.

Desmaya el dia, la tiniebla crece,
De tristeza se cubre el ancho cielo,
Reina en todos piedad y desconsuelo
Por su Criador inmenso que padece.

Aprende ¡oh pecador! el sentimiento
Debido á esta pasion, pues es causado
Tal dolor con tu ciego atrevimiento.

Ablanda con llorar tu pecho helado,
Mira en la Cruz el largo rio sangriento,
Pues te ha con su muerte libertado.

(Doctor D. Gutierrez de Cetina. Cancionero manuscrito.)

Á LA MUERTE DE JESUS.

Ant Deus naturæ patitur;
aut machine mundi evertitur
(Sanct. Dionisi. Areop.)

¿Por qué del almo Cielo palidecen
Los vivos resplandores?
¿Por qué las sombras crecen

Y en triste noche umbría
Vése trocado de improviso el día?

¿Por qué brama iracundo
El mar, en tanto que en el cielo airado
El trueno estalla con fragor profundo?
Sonó tal vez la hora en que del mundo
Rotos los ejes para siempre sea
Vuelto á la nada, de que fué formado?

¡Ay! que del alto Gólgota en la cumbre
Fatídico se alza
Tosco madero, do en cruel suplicio
El Hijo del Eterno
Cuál víctima se entrega al sacrificio,
Turba feroz de bárbaros sayones
Martirizan al Justo
Y torpe multitud de horror inspira,
Por la injusticia y la maldad guiada
Escarnece á su Dios, ardiendo en ira.
Y nada templa su furor creciente,
Ni de Jesus la sangre derramada,
Ni de su triste Madre el llanto ardiente:
Llanto amoroso que al correr fecundo
La tierra purifica, presagiando
Consuelo y paz y salvacion al mundo.

Y tú, pueblo deicida,
¿No eres el mismo que la voz alzando
Ante el Verbo divino,
«Hosanna al hijo de David decias.»
Y amante, en su camino,
Oliva y verdes palmas le ofrecias?
¡Y hora le niegas! ¡Ah! ¿Qué infausta mano
Te impulsa al crimen, que iracundo y ciego
Desconoces su origen soberano
Y sordo estás de la clemencia al ruego?
¿Es que se acerca la terrible hora
¡Oh misera Sion! en que perdidos
Los celestiales dones
Que bondadoso te envió el Inmenso,
No solo te contemplan las naciones
Vil juguete de bárbaras legiones
Del Cielo por castigo,
Sino que errantes por el ancho mundo
Tus hijos vayan, sin tener ni un pueblo
Ni un pueblo solo que les preste abrigo?

Oh! si, se acerca: con su propia mano
En tu seno has abierto la honda herida;
Que no Isaias lo anunciara en vano
Ni fuera de Ezequiel la voz perdida.
¡Ay! ya expira Jesus.... La voz potente
Resuena de Jehová, triste la lumbré
Desfallece del sol, tiembla la tierra
Del uno al otro polo,
Y las cenizas que la tumba encierra
Se reaniman causando al orbe espanto,
Chocan las piedras, y del templo santo
Se rasga el sacro velo....
Ruge Satan en su infernal morada,
Que el alma fiel, de su poder salvada,
Feliz ya puede remontarse al Cielo.

José Lamarque de Novoa.

LA NOCHE DEL VIERNES SANTO.

Envuelta en jigantes nubes
la noche su paso avanza,
amenazadora lanza,
horrisona oscuridad.

La tierra en sus ejes... tiembla;
el mar iracundo ruge,
el cierzo en airado empuje
agita la tempestad.

II.

Salem posternada llora
la maldicion del pecado,
el pueblo corre espantado
indeciso por dó quier.
En vano piedad implora...
de pasmo y terror los llena
cuando en los aires resuena...
Salem...! Deicida!... Salem!....

III.

En tanto que al cielo clama
la proscrita raza impia,
un alma su ruego envía
al Dios de la eternidad.
Es una madre doliente
que afligida y resignada,
de un hijo la vida amada
deplora en la soledad.

IV.

Al pie del Gólgota fiero
yace postrada de hinojos;
secos sus lánguidos ojos,
con pena en el corazon.
Mística plegaria eleva
al cielo en fervor bendito,
por aquel pueblo maldito
de espanto y execracion.

V.

Rodeada en niebla oscura
de fatídicos vapores,
la huella de sus dolores
encubre negro capúz.
Inmóvil... transida el alma
de punzantes agonias,
pasa las horas sombrías
mal reclinada en la Cruz.

José de Arcos y Perez.

CADIZ 1864.

AL LIBRO DE RENAN.

Para alcanzar celebridad un hombre
Incendia al templo, que asombraba al mundo—
De Erostrato el odioso, oscuro nombre,
Todos repiten con desden profundo.
Hoy para ganar oro y renombre
Un nuevo escritor impío, iracundo
Quiere extinguir de nuestra fé la llama...
Y no lo logra... pero adquiere fama.

Ventura de Abarzuza.

A LA MUERTE DE JESUCRISTO.

SONETO.

Torva nube que arroja escarcha fria,
rayos aborta que al mortal espantan:
de las tumbas los muertos se levantan,
treme la tierra y se oscurece el día.

Las crespas olas de la mar sombría
cabe las duras rocas se quebrantan,
ni el río corre, ni las aves cantan,
ni el sol su luz al universo envía:

Cuando en el monte Gólgota sagrado
dice el Dios-hombre con dolor profundo:
«cúmplase, padre, en mí vuestro mandado.»

Y á la rabia de un pueblo furibundo,
inocente, sangriento y enclavado,
muere en la cruz el Salvador del mundo.

(De Plácido.)

A LA MUERTE DE JESUS.

SONETO.

Mientras de luto universal se viste
sus galas esquivando la natura,
y esconde el sol entre tiniebla oscura
de pavor lleno su semblante triste;

Mientras hinchado el mar con furia embiste
al árduo monte y á la roca dura
y en los eternos ejes mal segura
la tierra apenas su temblor resiste;

Súbito eleva las convulsas manos
la consternada humanidad al cielo,
y el pecho hiere en su dolor profundo,

Al ver que entre verdugos inhumanos,
por dar la vida al delincuente suelo,
la suya entrega el Hacedor del mundo.

Francisco Rodriguez Zapata.

A JESUS.

Atado á una columna te azotaron,
vil corona de espinas te pusieron,
en un duro madero te enclavaron,
en el rostro divino te escupieron,
y á tu Madre Santísima insultaron.
¿y quienes, quienes tan malvados fueron?
Aquellos que en tu mente se salvaron
de el pecado en que míseros nacieron.

G. Morera.

MARÍA EN EL CALVARIO,

DIRIGIÉNDOSE HACIA SU DIVINO HIJO.

Libre el paso, María,
á Jesus dirigió la incierta planta,
y al contemplar su angustia y su agonía,
de no morir la misera se espanta.

Sudor á mares, gélido
brota copioso de la augusta frente
al horrendo espectáculo
del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,
ni una lágrima sola, los dolores
del corazón revelan, dolorido,
de la que es manantial de los amores.

Jesus, en tanto, mírala
á dos pasos de sí, y en blando acento:
«¡Madre!» su voz exánime
clamó, y «¡Madre!» repiten tierra y viento.

Y al cariñoso nombre
que tanto amor y gozo tanto encierra,
al combatido corazón del hombre
en su paso fugaz sobre la tierra;
Dando un gemido fúnebre
del fondo de su alma desgarrada,
Cayó la madre misera,
Sobre las duras peñas desmayada!

Y un joven galileo
de bello rostro y de mirar sombrío
y una joven mujer, del suelo hebreo
fragante flor: por medio del gentío
Cruzan con paso rápido
hasta dó está la virgen dolorida,
y con amor solícito
la vuelven á la vez, dolor y vida.

Son Juan y Magdalena,
De Jesús los discípulos amados,
Que arrancar á Miriam de aquella escena.
En su indecible amor van adunados.
Mas su amorosa súplica
No oye la madre, y bajo un sol ardiente,
Del ominoso Gólgota
Prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo
Que está por altos juicios destinado
La muerte á presenciar del Dios del cielo,
Para aplacar al mismo Dios airado:
al ara ya la víctima
Se acerca del mas grande sacrificio,
Y tierra y cielo atónitos
Se preparan al horrible suplicio!

José Zorrilla.

HIMNO EN ALABANZA DE CRISTO.

A Jesús las vírgenes castas, á Jesús la sancta juven-
tud, á Jesús los varones, los viejos y las mugeres ancia-
nas alabemos, en cuya fé vivimos; el cual nos favorece
y ama con amor de padre.

Eterno Hijo del summo Dios, criador de las estrellas,
de la tierra y de la mar, ninguna cosa encierra en sí la
inmensidad del cielo, y la redondéz grande de la tierra,
que no sea hecho por tu diestra.

Tú asentado en el seno del Padre, sustentas y go-
biernas todas las cosas.

Tú con tu inmensa caridad apiadado de nuestra mi-
seria, te vestistes de cuerpo mortal, y enclavado en una
áspera cruz, con tu muerte nos librastes de los fuegos
eternos.

Tú vencida la muerte, volviendo á tu palacio real,
colocaste contigo á los tuyos en esa parte del cielo do-
rada.

A tí canta días y noches la compañía de los mora-
dores del cielo. De tí dá testimonio aquel eterno Espíritu,
diciendo que eres único autor de nuestra salud.

Tú eres reposo, lumbre y deleite de las ánimas.

Tú eres pastor y cordero, que quitas los pecados del
mundo.

Tú eres eterno Pontífice, poderoso para aplacar la
ira del Padre soberano.

Pues ¿quién no te alabará, Señor? ¿Quién no te ama-
rá con todo su corazón?

Pues ¡oh benigno Jesús! Enciende, Señor, mi áni-

ma en este amor: muéstrame ese rostro hermoso, y haz bienaventurados mis ojos con los tuyos, y no quieras negar, ó sancto amador, al que te ama, beso de paz.

Tú eres Esposo de mi ánima, á tí busca ella, á tí con lágrimas llama.

Tú, Sancto, habiéndola librado de la muerte con tu muerte, y herídola con tu amor, no la has de aborrescer.

Pues ¿por qué la miserable no siente la dulzura, de tu presencia?

Oyeme, Dios mío y Salvador mío: dame corazon que te ame, pues ninguna cosa hay mas dulce que arder siempre en tu amor.

Fray Luis de Granada.

MELODÍAS HEBRAICAS.

LLORAD CON LOS QUE LLORAN.

Llorad con los que lloran en la orilla de los rios de Babilonia, cuyos altares estan desiertos y cuya pátria es un sueño; llorad con la rota arpa de Judá, llorad.

—Donde habita su Dios, viven aquellos que no tienen Dios. ¿Donde lavará Israel sus pies ensangrentados?

¿Cuándo volverá Sion á entonar sus dulces cánticos? ¿Cuándo la melodía de Judá alegrará los corazones que latian al escuchar su voz celeste?

Tribus de pies errantes y corazones fatigados, ¿cómo podeis huir? ¿Dónde encontrareis un lugar de reposo?

La paloma tiene un nido, el zorro una cueva, todos los hombres una pátria: Israel solo tiene una tumba.

LAS OBILLAS DEL JORDAN.

A orillas del Jordan vagan los camellos del árabe; sobre las colinas de Sion van á adorar los sectarios de los falsos dioses.

El adorador de Baal se postra sobre las cumbres del Sinaí... y allí... allí mismo ¡oh Dios! dejas dormir tu rayo?

Allí donde tu dedo escribió sobre las tablas de piedra, donde brilló ante los ojos del pueblo tu sombra, la sombra de tu gloria envuelta en su manto de fuego, por que á tí ningun viviente puede contemplar sin morir.

¡Oh! que brille tu mirada en la luz del relámpago, arranca la lanza de la temblorosa mano del opresor.

¿Cuánto tiempo hollarán aun los tiranos la tierra que te pertenece? Cuanto tiempo ¡oh Dios! permanecerá tu templo sin adoradores?

CANTO DE SAUL ANTES DE SU ÚLTIMA BATALLA.

Gefes y guerreros, si la flecha ó la espada me hieren guiando al combate el ejército del Señor, que el cadáver de un rey no detenga vuestra marcha. Clavad vuestro acero en el corazon de los hijos de Gath.

Tú que llevas mi arco y mi escudo, si ves á los soldados de Saul retirarse delante del enemigo, tiéndeme ensangrentado á tus pies. Que yo sufra el destino que ellos no han sabido afrentar.

¡Adios todos! pero no nos separemos, heredero de mi tesoro, hijo de mi corazon. Brillante será nuestra diadema, sin límites nuestro poder, ó real la muerte que hoy nos espera.

Gran Jehováh, Dios de Sabaoth, en tí confío.

MI ALMA ESTA TRISTE.

Mi alma está triste ¡oh! apresúrate á hacer resonar el arpa que todavia puedo comprender y que bajo tus graciosos dedos, sus encantados rumores, vengán á acariciar mi oído.

Si me resta en el fondo del corazon una esperanza querida, ella despertará el encanto de tus acordes: si me resta todavia una lágrima, ella correrá y cesará de quemar mi cerebro.

Pero que tu melodía sea melancólica y grave, que tus primeros acentos no respiren alegría, yo te pido trovador.

Es preciso que yo lllore ó este corazon lleno de tristeza va á romperse, por que él ha sido alimentado por el dolor, y hace mucho tiempo que sufre en el silencio y en insomnio.

Hace falta que estalle ó ceda al encanto de tu armonía. A Dios, Judea, tierra maldita y bendita.

LA MUJER.

Marcha en su hermosura, semejante á la noche de las regiones sin nubes y de los cielos estrellados.

Todo lo que tiene de mas suave la luz y las sombras se reune en su rostro y en sus ojos, bañados con esa dulce y tierna claridad que el cielo niega al esplendor del día.

Una sombra de mas, un rayo de menos, y desaparece casi esa gracia inefable que ondea en los bucles de su negra cabellera ó ilumina dulcemente sus facciones.

Sus facciones, sí, sobre las cuales el pensamiento juega sereno y suave anunciando cuan pura, cuan querida le es su morada.

Sobre su mejilla, tan serena, tan tersa, tan elocuente, aquella sonrisa seductora, aquellas tintas animadas, revelan los días pasados en la virtud, un alma en paz con todos, y un corazon lleno de amor inocente.

LA ESPERANZA Y EL RECUERDO.

Dicen que la dicha es la esperanza: mas el verdadero amor dá mucho valor á lo pasado, y la memoria despierta los pensamientos que nos son queridos, y que desvanecidos los primeros, son los últimos que se marchitan.

Todo cuanto la memoria ama mas, aquello que mas largo tiempo ha acariciado la esperanza, y todo cuanto la esperanza adora y pierde, se refugia en la memoria, y ¡ay! todo esto no es mas que una ilusion.

El porvenir nos seduce desde lejos, no podemos ser lo que recordamos haber sido, y no nos atrevemos á mirar lo que somos.

Pueblo hebreo, es este tu retrato?....

LA EDAD PRESENTE.

Canta, ¡oh lira abandonada y muda hace tiempo! canta el actual esparcimiento de mi antigua y deícida raza... llora sus crueles sufrimientos y sus inagotables persecuciones: lamenta sin cesar el abatido espíritu de nuestra pura casta, y....

Hijas de Sion habitantes de Salem, hermanos todos, nuestro destierro es perpétuo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

CADIZ: 1864.—ILUSTRACION GADITANA, S. MIGUEL 18.